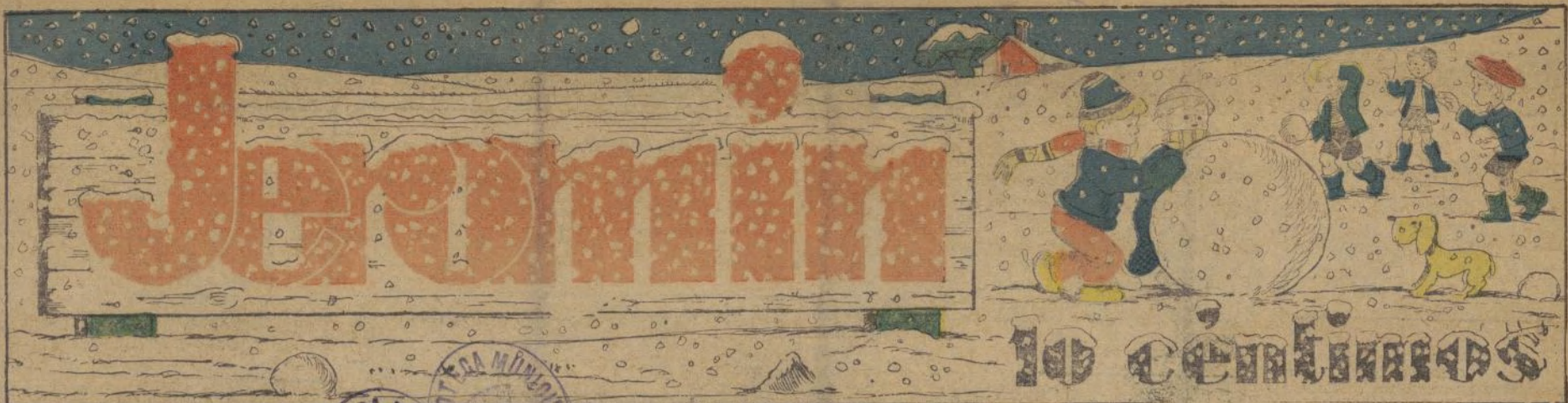


52/2

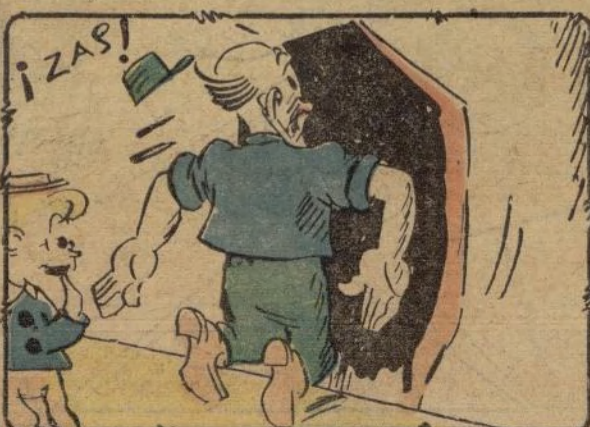
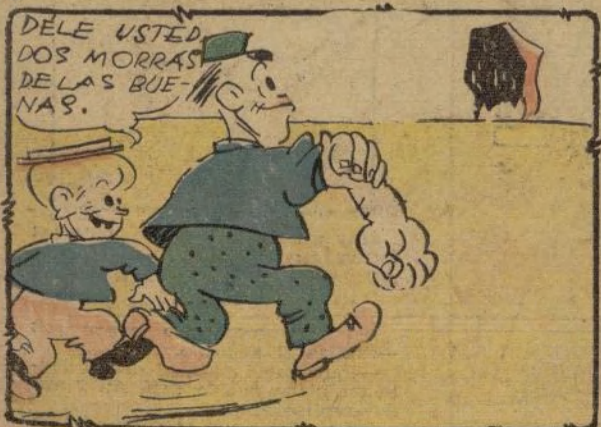
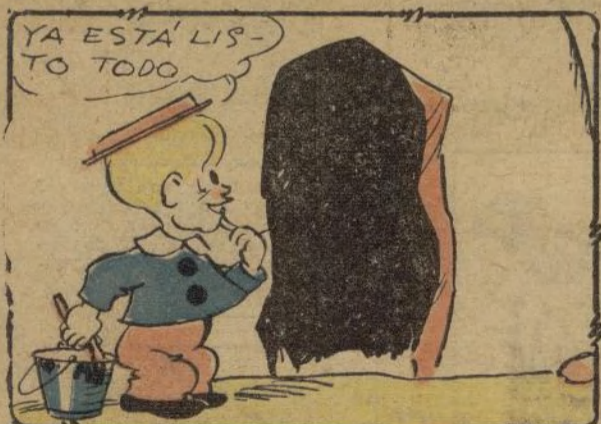
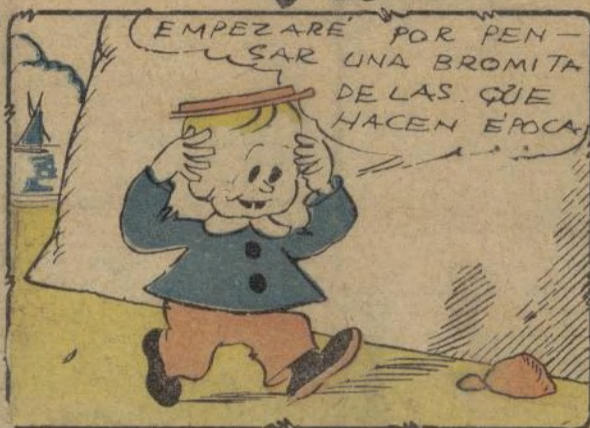


AÑO VI.—NUM. 246

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

Madrid 25 de enero de 1934

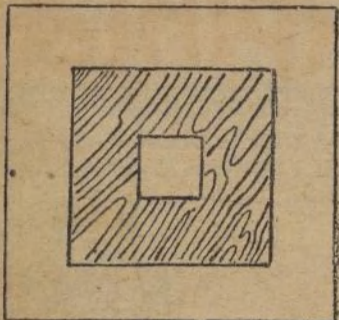
Una broma que no se despinta



AMENIDADES



El valiente caballero jinete en su corcel, arremete, lanza en ristre, contra su enemigo. ¿Dónde está el enemigo? ¿Dónde? Misterio... Eso solamente lo sabe Antonio Tutusaús, pero no va a venir desde Valderrobles (Teruel) para decirnoslo, y nos quedamos con las ganas de saberlo.



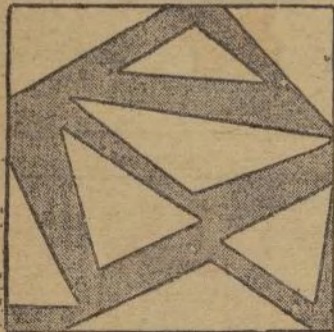
Aquí tenemos un cuadrado, con otro hueco cuadrado en el centro. ¿Seréis capaces de recortar la figura y componer un cuadrado macizo?

CHASCARRILLO

Un chico, al salir de la escuela, entra en una droguería y pide:
Un kilo de azúcar, de 1,15 pesetas; media libra de café, de 3,50; dos paquetes de velas, de a 1,75 cada uno, y dos cajas de cerillas. Dígame antes cuánto vale todo.
—Seis pesetas cincuenta céntimos— responde el tendero.
—Muchas gracias— responde el chico, marchándose—; ya tengo resuelto mi problema de Aritmética.
Vicente Sánchez, 13 años, Quintana de la Serena



Líneas, líneas y más líneas. Pues entre ese revuelto hay una simpática figura. ¿Dónde está?



Con estos seis triángulos, formad un cuadrado.

MUY IMPORTANTE PARA LOS ESPONTANEOS.—Recibimos a diario infinidad de dibujos para la sección de colaboración infantil. Unos vienen en colores, otros a lápiz o en papel rayado..., todos estos detalles nos impiden publicarlos, como sería nuestro deseo. Repetimos de nuevo que los dibujos deben venir hechos con tinta negra y en papel blanco.

LOS NAUFRAGOS DEL "AIRON"

CAPITULO XXXV

“¡Guerra!”

—¡Quieto!—exclamó Albani—. Si nos descubre, dará la voz de alarma entre sus compañeros.

—Entonces, ¿qué quiere usted hacer? ¿No está a más de trescientos pasos?

—Le dejaremos pasar.

—¿Y si ha descubierto nuestras pisadas?

—Entonces, peor para él. Le mataremos. Es preciso que no descubra nuestra caverna, o estamos perdidos.



—¿Oye usted?

—Sí, una rama que se ha roto. Miralo; le tenemos debajo de nosotros.

En efecto, el pirata se arrastraba a través del bosque, se oían los crujidos de las ramitas, y se veía ondear suavemente la alta hierba.

De repente apareció la cabeza entre dos matas. Se levantó con lentitud, mirando con gran atención hacia las ramas de los árboles. El pirata tenía un cuchillo entre los dientes y un fusil de chispa en la mano.

—¿Disparo?

—¡Sí!

Los dos Robinsones, viéndose a punto de ser descubiertos, no necesitaron más. Las dos fle-



chas tintas en el mortal veneno partieron como un rayo, y fueron a herir al pirata; una en el cuello y otra en el pecho. El miserable rodó sin exhalar un gemido.

—¡Huyamos!—dijo Albani.

Se dejaron caer en tierra, y, sin cuidarse de su enemigo, cuya muerte era indudable, huyeron a toda velocidad, en busca de la caverna.

—¡Dos canallas menos!—dijo el marinero sin cesar de correr. Repugna matar así a traición, pero son unos miserables, que solamente daño pueden hacer a sus semejantes. Y dígame, señor. ¿Descubrirán nuestra caverna?

—No lo sé. Por lo pronto he visto que varios

de esos facinerosos subían camino de la montaña.

—Entonces sorprenderán a los misteriosos poseedores de cápsulas que descubrimos en nuestro primer viaje. Pero, ¡ah! Esos les darán su merecido. Ellos tienen carabinas. ¡Ah! Si pudiéramos unirnos a ellos para combatir a estos asesinos.



—¡Alto, marinero!—gritó de pronto Albani.

—¿Qué ocurre?

—He visto moverse algo entre aquellas matas.

—¿Un tigre, quizás?

—No lo sé. Por lo pronto, prepara la cerbatana. Nos defenderemos hasta morir.

Las malezas que formaban la espesura continuaban moviéndose. El animal, o lo que fuera, logró abrirse paso y mostrarse al exterior, después de un violento esfuerzo. No era un hombre, sino un tigre, que, por lo visto, tenía una pierna bastante mala, pues la movía con gran trabajo. Además, era de una forma extraña y rara.



—Pero esa bestia es deforme—exclamó el marinero—. ¡Atención, señor Albani! Voy a enviarle una flecha envenenada, para que se vaya al infierno.

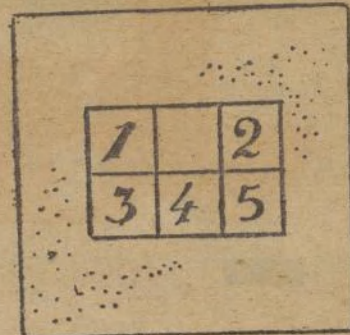
De pronto, el “tigre”, levantándose bruscamente, se desembarazó de su soberbia pellica, y, delante de los Robinsones, apareció... ¡el pequeño grumete!

—¡Mil terremotos!—exclamó Enrique—. ¡El pequeño! ¡Y dentro de la piel de un tigre! ¡A mis brazos, hijo mío!

Fin del capítulo XXXV

No dejes de leer el próximo capítulo siguiente, titulado “A vida o a muerte”, en el que culminan la emoción y el interés. Lo publicaremos en el próximo número.

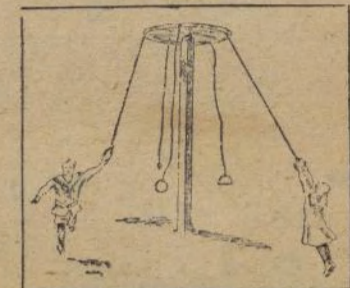
PASATIEMPOS



Se trata de cambiar de sitio a los números 2 y 5, en el menor número de golpes.

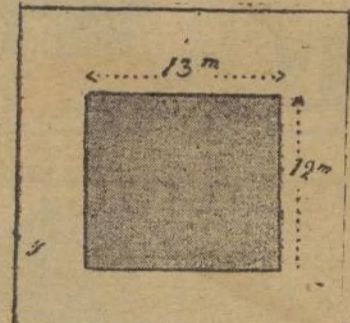
—¿No te parece que las mujeres charlatanas son más simpáticas que las otras?

—¿Cuáles son las otras?



El tiiovivo de cuerdas que se ve en el grabado constituye una buena distracción para chicos y aun para grandes. La construcción es muy sencilla. En un lugar espacioso se clava en el suelo un poste de madera o de hierro de unos cuatro metros de alto y en el extremo superior se monta sobre un pivote de acero, horizontalmente, una rueda de hierro con unas cuantas arandelas metálicas entre la rueda y el poste para que gire mejor.

En la llanta de la rueda se atan varias cuerdas de largo diferente, para que haya para todas las estaturas; se les pone en el extremo una anilla para que se agarren los jugadores, los cuales dan impulso a la rueda corriendo en torno del poste.



He aquí un tapiz que tiene 13 metros de ancho por 12 de largo. Se trata de convertirlo en otro de 12 metros de ancho por 13 de largo, sin cambiarlo de posición, naturalmente.



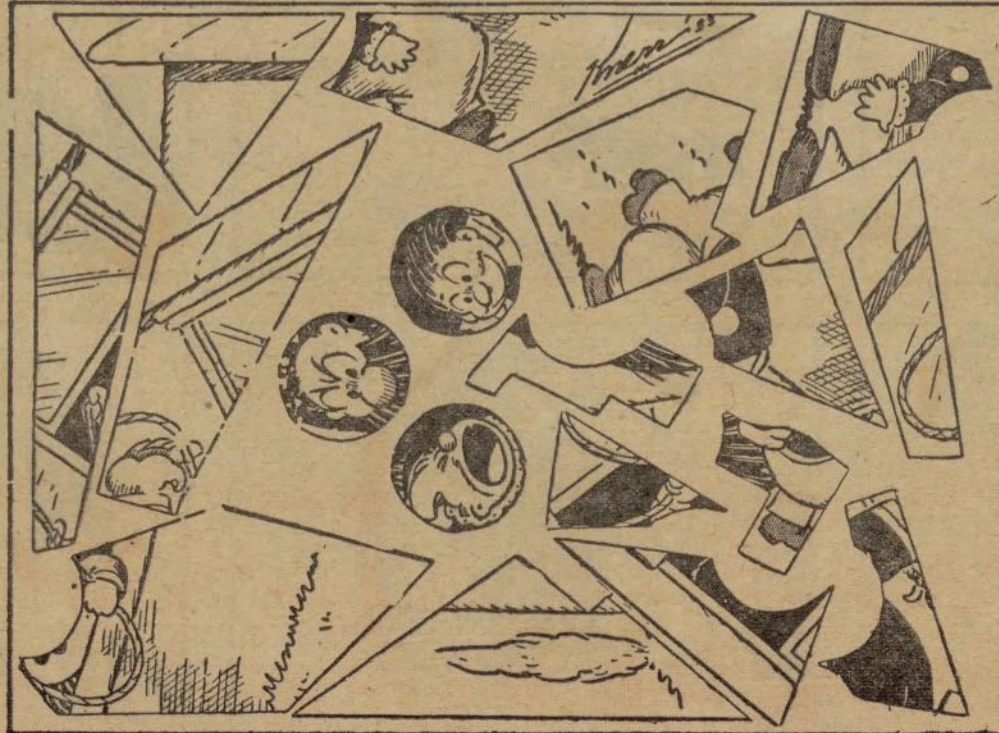
Hay que doblar el papel de tal forma que, uniendo los dobleces, resulte un caballo de esas líneas.

—Yo no hice sino poner paz—explica el acusado.

—Pero usted pegó al demandante un golpe que le dejó sin sentido—replica el juez.

—Sí, señor, pero es que no había otro medio de poner paz.

ROMPECABEZAS



Recortando y uniendo esos trozos, formaréis un precioso y divertido dibujo

Perico el Charlatán

CUENTO ITALIANO

Había una vez en un reino un joyero llamado Perico. Este tenía el feo vicio de hablar mal de sus deudos y amigos, causando con ello grandes perjuicios a las gentes, que, en vista de que Perico, no solamente no se enmendaba, sino que cada vez eran más frecuentes sus calumnias y difamaciones, acordaron quejarse al rey, querellándose contra aquel impenitente charlatán, que no dejaba un punto de reposo a la lengua, siempre dispuesta a zaherir a todo el mundo.

El rey, que era sabio y justiciero, hizo llamar al calumniador, y ante toda la Corte reunida, le habló así: "Tus vecinos se quejan de que pasas el tiem-



po en chismes y habladurías. Yo he comprobado que ellos tienen razón, y como no quiero que en mi reino haya charlatanes, voy a darte el castigo que te mereces, por hablador y parlanchín.

El joyero, viéndose descubierto, comenzó a decir pestes de sus vecinos, jurando y perjurando que era inocente y que él jamás había calumniado a nadie; pero el rey, que además de sabio era muy listo, no se dejó convencer por las promesas del charlatán, y anunció a Perico el castigo que le había impuesto. Y dijo el rey: "En pago a tus malas acciones, irás al pueblo vecino y comprarás un pollo. Emprenderás a pie el



camino hacia la ciudad, y por la carretera has de ir desplumando el ave, de tal forma, que la traigas a mi presencia completamente desplumada. Y este es el castigo que te impongo y que te ordeno que cumplas al instante."

Los guardias de palacio sacaron al joyero al camino real, y Perico marchó al próximo pueblo, riéndose de la candidez del monarca: "Vaya un castigo que me imponen—se decía—. A fe que me llamo Perico, que he salvado a bien poca costa el pellejo."

Contento con su suerte, llegó al mercado, compró un hermoso pollo y emprendió el regreso, arrancando una plu-



ma a cada paso que daba, y de esta forma continuó su marcha, hasta llegar a palacio con el pollo cuidadosamente desplumado.

El rey le hizo pasar al instante y dijo a Perico, dando muestras de satisfacción: "En verdad debo decirte que has cumplido fielmente mi encargo; pero has de saber que tu castigo no termina aquí, y es preciso que ahora desandes lo andado y recojas todas las plumas que arrancaste; ten bien presente que como te falte una sola, una solamente, reci-

birás doscientos latigazos." Al oír esto, Perico comenzó a llorar y a lamentarse, pidiendo clemencia, pero el rey era inflexible en sus determinaciones, y los guardias cogieron en volandas al acusado y lo sacaron a la carretera.

El desgraciado comenzó a recorrer el camino, mirando ansiosamente en las cunetas, rebuscando en los matorrales, revolviendo los montones de piedras, pero inútil. Todo el día lo pasó en su bús-



queda infructuosa, sin encontrar una sola de las plumas del pollo. Entonces, y reconociendo que no había más recurso que acatar el castigo, se dirigió a palacio, molido, cansado, llenas de sangre las manos y los pies, heridos por los pinchos y los guijarros de las sendas. Y a su paso la gente decía: "¡Ahí va Perico el charlatán!"

Por fin pudo llegar a palacio, y sin fuerzas para tenerse en pie, se dejó caer como un fardo junto a la escalinata del trono. "¿Cuántas plumas traes?"—le dijo el soberano con severo acento—. "Perdonadme, señor—replicó el desventurado—; no pude encontrar ni una." Y



luego, comprendiendo que caso de mentir no podría encontrar misericordia, gimió angustiosamente. "Tened piedad, señor; es cierto cuanto os dijeron. Yo tenía el feo vicio de hablar mal de las gentes, pero os juro que jamás pretendí hacer daño con ello. ¡No volveré a repetirlo, señor!"

"Está bien—repuso el rey—, quedas perdonado; pero bien entendido que a la menor falta que cometas castigaré severísimamente tu charlatanería. Las calumnias que se lanzan, vuelan como las plumas que lleva el aire, y como ellas es muy fácil lanzarlas. Pero luego, como habrás comprobado, es imposible recogerlas. Marcha a tu casa y no olvides



que la maledicencia es uno de los pecados más fáciles de cometer y más difíciles de reparar."

Perico el charlatán dió las gracias al rey y se dirigió a su casa. La lección le fué provechosa en grado sumo, y nuestro hombre no volvió jamás a incurrir en el feo vicio de la murmuración.

Sed comedidos en vuestros actos y en vuestras palabras, queridos niños, y no caigáis jamás en el horrible vicio de la charlatanería, que tan sólo puede acarrearos funestas y desastrosas consecuencias. Como las que pudo ocasionarle a Perico el charlatán.

LOS TRES AVENTUREROS



Los dos aventureros, escondidos en el armario, escuchaban ansiosamente los menores ruidos. Al cabo de una media hora, que a los "polizones" se les antojó, un siglo, llegó a sus oídos un rumor confuso de vitores y aclamaciones. Los potentes motores del "Ackron" tre-



pidaron ruidosamente; la nave gigantesca se balanceó con suavidad; luego un brusco tirón, y después, nada. El dirigible surcaba ya el espacio.

"¿Qué haremos?"—susurró Rafa—. "Por ahora, estarnos quietecitos"—repuso Polo—. De pronto, el pillete se cobijó



junto a su camarada. "Quieto—exclamó con angustia—. Alguien llega." Efectivamente; el fino oído del golfillo había escuchado el golpeteo de unos pies cerca del armario. "¿Nos descubrirán?"—musitó el pequeño—. Iba ya a contestarle Polo, cuando las puertas del armario se abrie-



ron. Si los momentos no hubiesen sido tan críticos, los dos amigos se habrían reído de buena gana. Estaban descubiertos, pero el que les descubriera acababa de poner una cara de asombro comiquísima. Era un negro gigantesco, de siete pies de altura y formas atléticas. Al ver



que aquello no tenía remedio, Polo salió decididamente y se dirigió hacia el hercúleo africano. "Ya lo ves—dijo con su serenidad característica—, nos hemos colado de rondón."

El negro les miraba curiosamente, pero no parecía querer agredirlos ni apresarlos. Rafa, lloroso y angustiado, im-



ploró: "No nos descubra; nosotros somos buenos. No haremos ningún mal. Sólo queremos llegar a América para reunirnos con mi padre."

El gigante les contempló con simpatía. "Bostón no hará mal a los pequeños—dijo—, Bostón los protegerá." "Gracias, mil gracias"—dijeron los camaradas—. En



aquel momento unos pasos resonaron en el pasillo, y una voz llamó imperiosa: "¡Bostón! ¿Dónde diablos andas?" "¡El teniente!"—dijo azorado el negro—. "¡Escondanse los pequeños que no les vean, y no pasen apuro; Bostón volverá!"

Los aventureros volvieron a entrar precipitadamente en el armario, pero



otro personaje que estaba tendido a los pies del negro saltó con ellos al armario. Era un hermoso perro lobo.

"No tengáis miedo; es 'Leal', el perro de Bostón"—dijo el atleta—. Polo y Rafa se acurrucaron en el armario. El hermoso animal, como si les conociera de toda la vida, se acurrucó con ellos.

AMIGOS DE "JEROMIN"

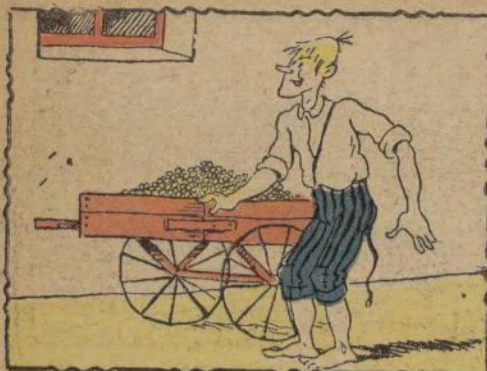
Como habéis podido observar, JEROMIN ha mejorado sus páginas de forma tan brillante, que podemos asegurar que no hay hoy en España revista infantil que la iguale.

¿Cómo ha podido obrarse el milagro de ofrecer a los jeroministas una revista de ocho grandes y cuidadísimas páginas por el precio de diez céntimos? A vosotros, lectores que nos favorecéis, os lo debemos. Porque lo que hoy hace JEROMIN solamente puede verificarlo gracias

a lo enorme de su tirada, que, aumentando de día en día, es buena prueba de que el público responde a nuestros esfuerzos.

Al iniciar el quinto año de su vida, JEROMIN da las gracias a todos sus amigos, y les ofrece más mejoras aún. JEROMIN ha de superarse, para que, igual que hoy puede decir con orgullo que es la mejor revista de España, pueda afirmar mañana que es el mejor periódico infantil del mundo entero.

Cascarilla



Cascarilla buscaba empleo sin conseguirlo, y un amigo suyo le prestó dinero para poner un puesto de avellanas. Desde su "tienda", Cascarilla vio



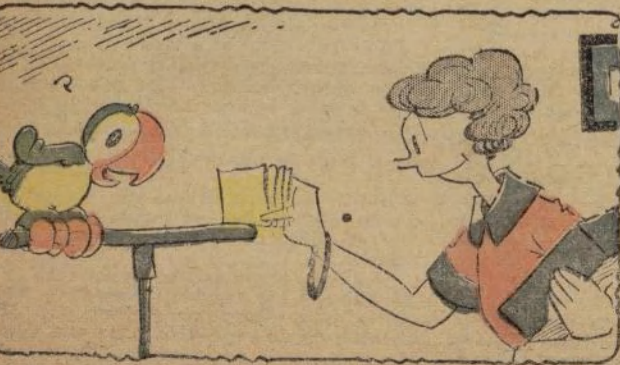
venir a un feroz bandido que corría perseguido de cerca por la Policía. Entonces nuestro amigo volcó su carrito, desparramando las avellanas por la calle, que era muy estrecha. El feroz bandi-



do, que a pesar de ser feroz era idiota, se escurrió en las avellanas, atizándose un "cete" de padre y muy señor bandido. El patinazo lo aprovecharon los guardias para echar mano al feroz



bandido, y Cascarilla fue premiado con la laureada por su felicísima ocurrencia. Y dejó aquel oficio, que era impropio de un laureado.



"Toma, cotorrita, guapa! Has sido muy buena, y te voy a premiar con estas galletitas, para que meriendes. Toma, guapa, de la casa!"

Y PRISIONEROS DEL MAR



A las primeras luces del alba levantaron el campamento y se pusieron en camino. Pronto advirtieron un reguero de sangre de alguna fiera herida; pero no quisieron seguir el rastro, porque tenían que andar nueve millas para llegar a su morada, donde les esperarían con impaciencia Caminaban, pues entre la espesura al pie del acantilado, que iba alcanzando altura mayor. León y Juanito llevaban a cuestas las dos vicuñas crías, y la madre les seguía dócilmente. A eso de las tres de la tarde se oyó una detonación, y



explicación, que había de aliviar, sin duda, a ambos hermanos. Pero Pablo se limitó a responderle: "He hecho algo que tú, Enrique, quizás me perdonarías; pero los demás... no insistas en saber de qué se trata. En su día lo sabrás". Por entonces preocupáronse de alzar convenientemente a los animales recién cazados. Para preservar los de los ataques nocturnos de las fieras, los encerraban en la cueva, pero decidieron construirles un establo propio al amparo de las rocas del acantilado, y un corral amplio, rodeado de alta y fuerte



Soamente el apio, que crecía abundante en las orillas del lago, se prodigaba sin tasa. Por indicación de Alvaro, desecho siempre de economizar municiones, Ignacio se ocupó en construir arcos de flexibles ramas, y flechas de caña con un clavo en su remate. Toda la colonia se adiestró en el manejo de armas tan útiles, y los resultados fueron excelentes. Hubo, sin embargo, necesidad de dedicar unas docenas de cartuchos a exterminar o ahuyentar a las zorras y chacales que por las noches destruían los lazos y devoraban la caza. Cien-



unos gritos de Alberto, León y Martín que se habían adelantado un centenar de pasos. "¡Alerta, muchachos! ¡Cuidado con ese Mcho!" Y apareció entre la maleza un corpulento animal en vela de carrera. Ignacio blandió su lazo, lo agitó sobre su cabeza y lo lanzó. Enredáronse las bolas entre las patas del cuadrúpedo, y éste quedó reducido a la impotencia. "¡Maldito animal!" exclamó Alberto acercándose. He errado el primer tiro, pero no erraré el segundo—y encañonaba a la víctima— Pero Alvaro e Ignacio lo



empalizada. Y pusieron manos a la obra. Cortaron algunos árboles delgados y rectos y los plantaron profundamente en el suelo a convenientes distancias. Unieronlos luego con ramas y tablas, y la cerca quedó acabada. El establo lo construyeron con tabloncillos de la obra muerta del "Centella", protegiendo el techo con una tela embreada. En pago a tantos desvelos y a los cuidados de Santiago y León, encargados de la cuadra, el guanaco y las vicuñas se domesticaban por días. Pronto vinieron a enriquecer el establo otro guanaco y una nueva vicuña, cazados al lazo por Ignacio y por Ramiro, que progresaba visiblemente en el arte. Un departamento de la empalizada fue destinado a corral, en el que Paquito y Sebastián comenzaron a criar, a falta de gallinas, algunas avutardas, faisanes y pintadas, que se habían cogido con lazo. Carrillo, el cocinero, tenía ya a su disposición todos los días no pequeña cantidad de leche y además huevos de distantes especies, pero sabrosos. En sus producciones culinarias sólo escaseaban los platos de dulce.



co de los mejores tiradores, capitaneados por Alberto, se apostaron una noche entre los árboles del bosque, en un claro que hacía la maleza junto al lago a donde acudían a beber aquellas fieras. Cuando hubo reunidas una veintena, sonó una descarga cerrada; seis de ellas quedaron muertas en el sitio y otras tantas huyeron mortalmente heridas. Repitióse la operación tres días seguidos; los animales, escarmentados, no volvieron a aparecer, y nuestros jóvenes pudieron disponer de medio centenar de magníficas pieles para alfombras y

DEL MAR



continuaron, diciéndole: "De ningún modo, Alberto. Este animal nos será utilísimo y nos convendría llevarnoslo a casa vivo. Es un "guanaco", que es utilizado como bestia de tiro y de carga en toda la América del Sur. Ya verás qué paseos nos damos en él cuando se domestique, y como tira de nuestro carromato en nuestras excursiones. Alberto se conformó. Como el "guanaco" es bastante tímido, fue fácil conducirlo atado con la cuerda del lazo, como si fuese una brida. Les faltaban aún cuatro millas, y fue preciso apre-



tar el paso. A las seis divisaron su morada. El pequeño Gabriel fue el primero en distinguirlos, y dio a todos la novedad. Y la caravana, cargada con los preciosos frutos de su expedición, la vicuña y sus dos crías, el guanaco y los frutos y hojas de los preciosos árboles descubiertos, hizo su entrada triunfal entre los hurras de los que esperaban su regreso. Entre la paz de los días siguientes intranquilizaba a Enrique la actitud de su hermano Pablo, que cada día se mostraba más reconcentrado y triste. Enrique solicitó de él una ex-



media mañana grandes gritos de Martín y Juanito atrajeron a los cazadores. Entre el fango del pantano revoloteaba un animal monstruoso, al que Alberto hubiera saludado a gusto con una bala, si no llega a esconderse a tiempo. "Es un hipopótamo—dijo dirigiéndose a Vicente, el chiquitín—, un animal que tan bien vive en el agua como en tierra, y que lo mismo hace zozobrar una barca, que derriba una casa". El pequeño se santiguó contra tan malos encuentros, y todos siguieron su camino regocijados. (Continuará.)

CONTINUACIÓN



Escaseaba el azúcar, y había que suministrarlo parcamente. Pero los conocimientos botánicos de Alvaro, hallaron pronto un sustitutivo. En la espesura del bosque halló un grupo de arces; haciendo en su corteza una incisión, recogieron un jugo, que, al solidificarse dió una materia azucarada; con ella pudieron multiplicarse los postres de repostería, y hasta se pudo fabricar un licor, al igual que con los jugos de la fermentación del "trulco" y del algarrobo. Se echaban también muy de menos las legumbres y verduras frescas.



co, era un individuo con una mala pulga que Camarero y el instante decidió vengarse de Repollo. En aquella catapulta improvisada, Acordo I, con-



gó su violín, y cuando Repollo se retiró del músico, éste le envió un expresivo "bata", que finó al terminar en la Casa de Socorro.

Repollo



El músico triste Acordo I, decidió dar una serenata bajo los balcones de la casa en que vivía Repollo. Este, que amaba la música clásica desde

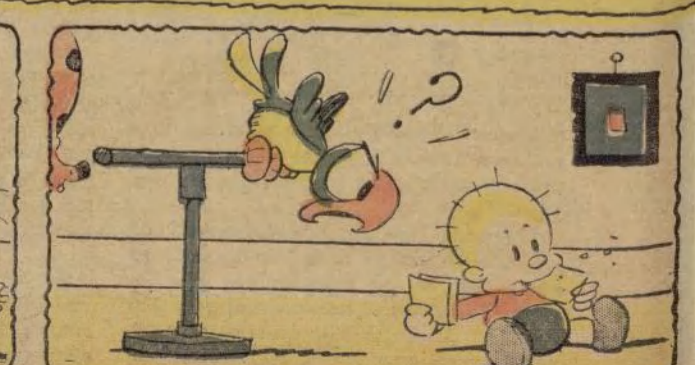


que oyó tocar un día el pasodoble de Domingo Ortega, saludó a Acordo I con un pasodoble en la coronilla que se hizo un chinchón como una castaña. Pero Acordo I, indignado de ser mudo,

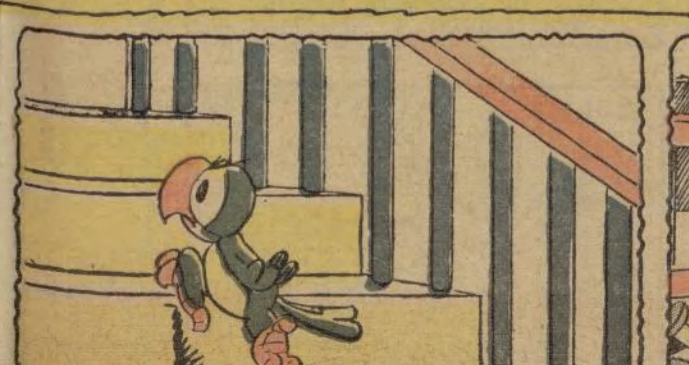


gó su violín, y cuando Repollo se retiró del músico, éste le envió un expresivo "bata", que finó al terminar en la Casa de Socorro.

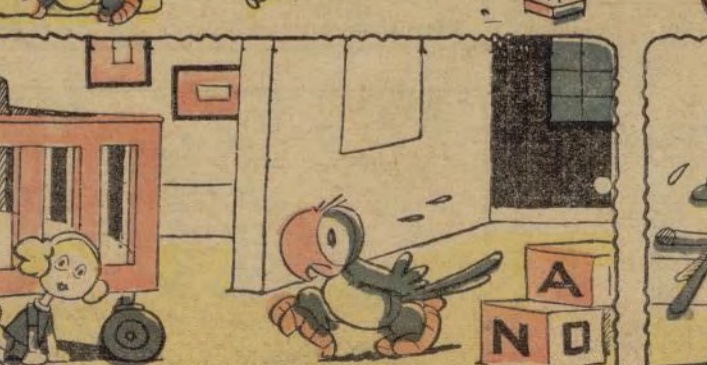
LA COTORRA SABIA



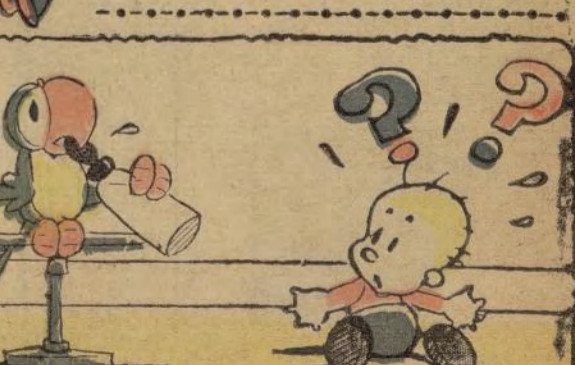
"¡Qué "licas"! "Pelo" que "liquisimas" están las "galletitas". ¡Ojalá se te indigesten y tengas que tomar un bidón de ca-abana!"



A mi el niño zangolotino ese no me deja sin merienda. Yo tengo que hacer algo para que sepa quien es Laura, ese niño desaparecido.



Aquí duerme el niño ese, que es más idiota que Laurel. Voy a dar comienzo a mi venganza, que va a ser nutritiva y sonada en la historia.



"¡Qué "lica", "pelo" que "liquisimas" están las "galletitas" del nenitico! Te comiste mis galletitas, pero el biberón lo vas a ver "pa" Reyes.

EN SERIO Y EN BROMA



Por regla general las aves tienen todo el cuerpo cubierto de plumas; aunque no les nacen las plumas en todo el cuerpo, sino que cada especie de ave tiene determinadas partes de él calvas. Solamente al pájaro bobo de las regiones del polo sur le crecen plumas por todas las partes del cuerpo.



—Muchas gracias, señora; Dios se lo pague.
—Pero no dice el cartel que es usted mudo?
—No, señora; el mudo es mi hermano. Pero es que anoche estuve con él en el "cine" y me cambió el cartelito. Yo soy ciego.



El gorila es un animal calumniado. Se le pinta como extraordinariamente feroz, y en ello hay mucho de exageración. El gorila no come carne; vive exclusivamente de vegetales, y es por naturaleza inofensivo. Claro está que si se le ataca, sabe defenderse, y como es grande y fuerte, casi siempre vence a su agresor.



—¿Cuánto me lleva usted por transportarme a la estación?
—Tres pesetas.
—¿Y por las maletas?
—Por eso no le cobro nada.
—Entonces, lléveme las maletas; yo me iré a pie.



La altura media del relieve terrestre viene a ser unas cinco veces menor que la profundidad media de los mares. Esta es de unos 3.700 metros, mientras aquella es de 700 metros. El dibujo muestra gráfica y comparativa-

mente lo que sería el relieve terrestre si todo él se redujese a una altura uniforme, y la profundidad de los mares en igual hipótesis.



—¡Oh, qué caritativa es la gente de estos barrios! Hace media hora que estoy sintiendo caer monedas en el platillo.



El gorila es un animal calumniado. Se le pinta como extraordinariamente feroz, y en ello hay mucho de exageración. El gorila no come carne; vive exclusivamente de vegetales, y es por naturaleza inofensivo. Claro está que si se le ataca, sabe defenderse, y como es grande y fuerte, casi siempre vence a su agresor.

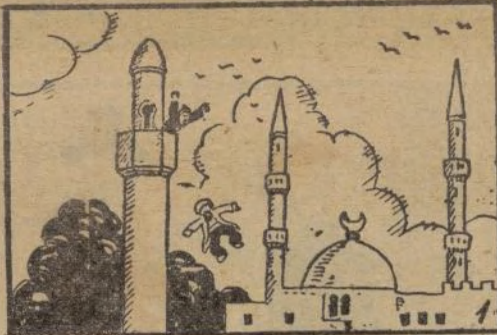


—Déme un billete para Añover de Tajo.
—¿De qué clase?
—De la clase de botánica. Soy profesor de Historia Natural.



Ved aquí la cantidad de carbono—solidificado—que anualmente emite un hombre adulto por la respiración. Lo suficiente para el consumo de la cocina de una familia durante una semana.

La Justicia del Cadi



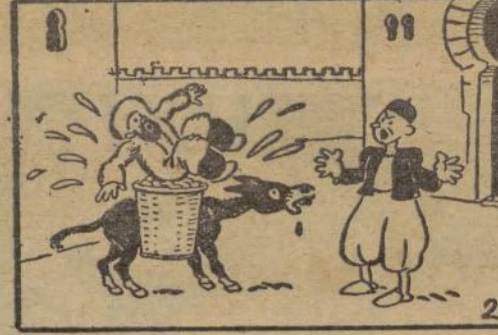
El acaudalado comerciante y fanático musulmán Beni-Mira-Memelón hallábase cierto día en lo alto de un minarete, cuando por haberse inclinado imprudentemente se le fué la cabeza y tras ella, naturalmente, todo el cuerpo, y precipitándose en el vacío vino a dar con sus huesos en el santo suelo. Es decir, en el santo suelo, no. Tuvo la suerte de que en el



letanía de imprecaciones más larga que el Corán. Beni-Mira-Memelón, que no quería lios con la justicia y que poseía en abundancia ese despreciable metal que todo lo arregla, tiró de la consabida bolsa, que todos los personajes de cuento oriental llevan preparada para estos casos, y ofreció al arriero quinientos zequies de oro. Con semejante suma, Ali-Bebé hubiera podido comprar una docena de pollinos; pero co-



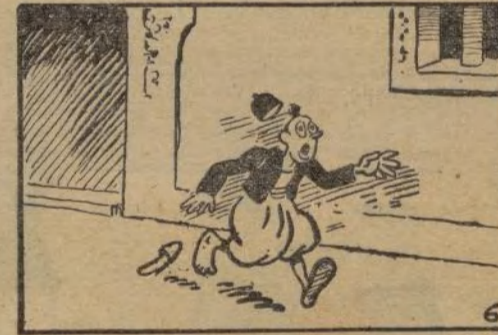
Allí expuso el arriero sus pretensiones, y cantando entre lágrimas una triste elegía al inteligente animal que, a su juicio, no debiera haber nacido jumento, terminó pidiendo por él una indemnización de mil quinientos zequies. El Cadi, que conoció el paño a la primera ojeada, le dijo al arriero: "Amigo mío. Creo que eres muy parco en tus peticiones. A mi juicio,



crítico instante pasara por debajo un borriquito con dos banastas cargadas de huevos, y la tortilla que allí se hizo hubiera bastado para un regimiento. Total: que Beni-Mira-Memelón quedó rebozado como para que lo albardaran; que el jumento feneció del batacazo y que Ali-Bebé, el distinguido arriero dueño del borriquito, comenzó a salmodiar una



mo era un marrajo sinvergüenza, se dió por ofendido de semejante burla, y ponderando las cualidades excepcionales del malogrado jumento, dijo que no rebajaba un ochavo de los mil zequies que por él se limitaba a pedir. Beni-Mira-Memelón no era tan tonto como parecía y se negó a dejarse trasquilar tan suavemente. Por fin, fué requerido un guardia y llevó a ambos contendientes a la presencia del Cadi.



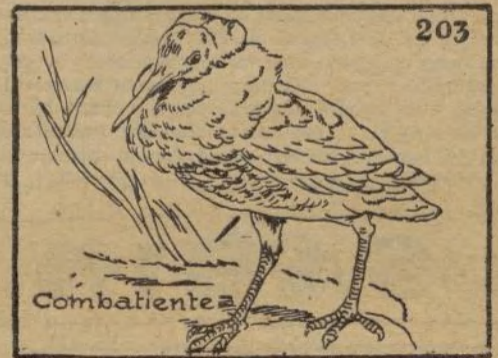
se debe aplicar a tu contrincante la pena del tallón: Ojo por ojo y diente por diente. Por lo tanto, él pasará bajo el minarete conduciendo otro borriquito, cargado de huevos, y tú te lanzarás sobre él desde la altura, y que se atenga a las consecuencias." Cuentan las crónicas que el arriero salió disparado, y se cree que todavía está corriendo.



Vanessa antiope



Rana temporaria



Combatiente



Trigla Golondrina

Aventuras de Tarugo y Perdigon



Tarugo y Perdigon, que habian conseguido escapar a las iras de Terre-Moto, estaban celebrando su victoria con una función de fuegos artificiales que para si quisieran muchos pueblos el día de las ferias.



Pero Terre-Moto, que para perro de muestra no tenia precio, habia conseguido las huellas de los pilluelos, y cuando éstos estaban más entusiasmados con sus fuegos, el capitán les hizo presa y se armó la de San Quintín.



Después que hubo tocado la novena sinfonía en sus respectivas retaguardias, salió en compañía de su buen amigo el terrible cazador de mosquitos Trabucazo, que decia haber descubierto una mina de escabeche.



Trabucazo y Terre-Moto se embarcaron en busca de la consabida mina, y pronto dieron vista al sitio en el cual decia el cazador que nacia el escabeche, con el que habrian de hacerse multimillonarios.



Como Terre-Moto era el más valiente, porque era capitán y además tenia barbas, decidió que él sería el primero en asaltar la mina, dispuesto a liarse a mamporros con el escabeche, si éste se resistia a ser conquistado.



Pero el capitán no se acordaba ya de que Tarugo y Perdigon tenían sed de venganza, y precisamente los dos pillastres se le habian adelantado con el sano propósito de hacerle una de sus consabidas jugarretas.



Y haciendo que la maroma de la grúa hiciese de eje, montaron en ella una rueda de pólvora, para obsequiar al capitán con una divertida función de fuegos artificiales. "Enciende"—exclamó Tarugo, que vigilaba.



Y cuando más contento que unas pascas subia el capitán camino de la mina, soñando con toneladas de escabeche de bonito, sintió arder sobre su cabeza cientos de bengalas, y estallar petardos, cohetes y carretillas.



"¡Mil millones de bombas!—rugía Terre-Moto haciendo señas a Trabucazo de que diese marcha atrás—. ¿Qué es esto que se me viene encima? ¡Socorro!" Pero inútil; la rueda infernal siempre girando sobre su cabeza...



...cortó la cuerda que sostenia la cuba, y Terre-Moto inició un trágico aterrizaje a una velocidad de 50 kilómetros por hora. "¡Me mato sin remedio!"—suspiró el infeliz—. De esta hecha quedo para el arrastre."



Pero quiso su fortuna y la desgracia de Trabucazo que cuba y capitán tomasen "tierra" sobre el desventurado cazador. El suceso fué altamente emocionante, y los buscadores de escabeche quedaron hechos migas.



Así que recobró el poco conocimiento que siempre habia tenido, pensó en vengarse fieramente de los pilluelos, y dispuesto a la lucha, se escondió a esperarles. Tarugo y Perdigon se habian oido la tostada. ¿Qué pasaria? (Continuará.)

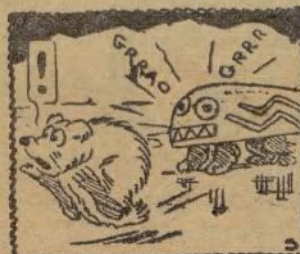
EL EL DOLO NORTE



El explorador Buscagaitas estaba calentándose a la puerta de su tienda, cuando



vió cerca un enorme oso. Para ponerse en salvo, se guareció bajo una canoa



pintarrajeada, y ante aquel monstruo el oso huyó.

EL MUCHACHO QUE ESCRIBIÓ AL PAPA

El Papa Pío IX recibió cierto día una carta bien diferente de las demás que solian llegar a sus augustas manos. Estaba escrita en una hoja de papel arrancada de un cuaderno, y lucia no pocos borrones, tachaduras y añadiduras.



Se la enviaba un pobre muchacho que habitaba en el Trastevere, el barrio más pobre de Roma. El muchacho le decia al Papa que su madre estaba enferma y que en casa no habia dinero para darle alimento, cuánto menos pa-

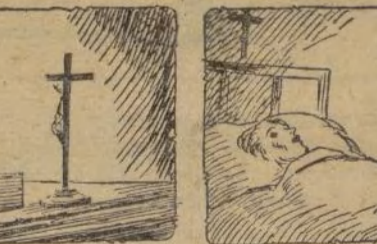


ra pagar las 36 liras que valian las medicinas que habia recetado el médico.

Pío IX le dió contestación agradeciéndole paternalmente su apreciada carta e indicándole que estaba dispuesto a recibir su visita al día siguiente, si la enferma po-

día quedarse sola por algunos momentos.

Al día siguiente, el muchacho se dirigió bien temprano al Vaticano, presentó la carta del Pontífice y pidió sencillamente hablar con el Papa. La guardia examinó



una y otra vez el documento, y por fin dejó pasar a su portador.

Su mirada franca y leal, su porte natural y respetuoso causaron viva complacencia en el Santo Padre, quien después de haber hablado algunos instantes con el jovencito, le entregó una moneda de oro. El muchacho hizo notar a Su Santidad, candorosamente, que le entregaba tan sólo veinte liras, y que él necesitaba precisamente 36 para las medicinas, como se lo habia expuesto en su carta.

—Tienes razón—repuso el Papa—. No me acordaba ya de tu carta. Y diciendo esto, entregó al muchacho otra moneda de veinte liras.

—Ahora sobran cuatro liras—observó el chiquillo—, y no tengo cambio para devolver el sobrante. Mañana lo traeré.

—Eso es—añadió el Papa—. Vuelve mañana a verme y tráeme el cambio.

El muchacho cumplió su palabra y volvió al día siguiente. El Papa, entre tanto, habia pedido informes de él y de su familia y los habia recibido inmejorables. Así es que en esta segunda visita le esperaban al chico grandes



novedades. Pío IX le dijo que habia determinado proveer a su educación e instrucción y a la curación y sostenimiento de su madre.

Y así fué. El muchacho fué educado esmeradamente, estudió con



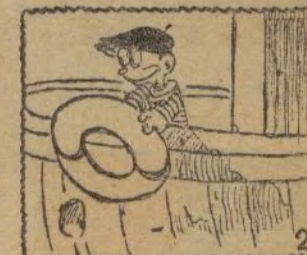
gran provecho y llegó a ser una ilustre personalidad, que todavia vive, goza de perfecta salud y es modelo de sus conciudadanos.

Aquella feliz inspiración de comunicar sus penas y necesidades al Padre común de los cristianos, decidió de la suerte de su vida.

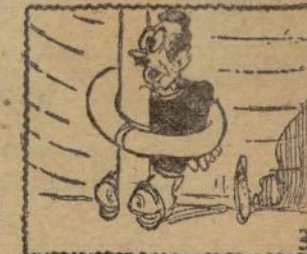
EL SALVAVIDAS



Martinete estaba de guardia a bordo cuando vió en el muelle un sujeto de mala



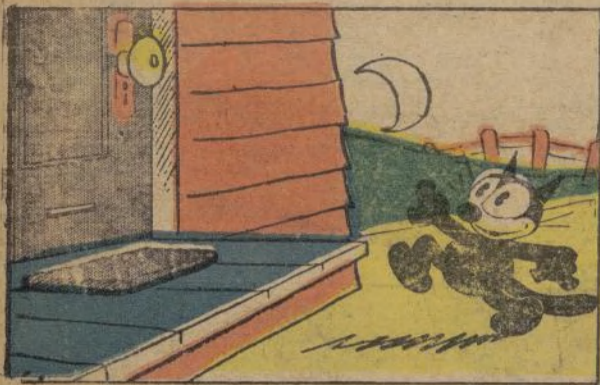
pinta que, acechaba, para agredirla, a una persona.



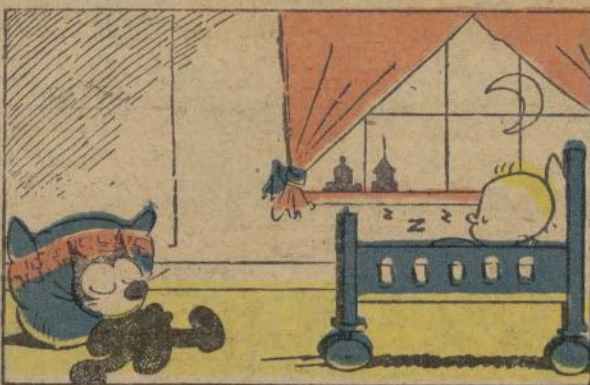
Martinete cogió un "salva-vidas", y dejándolo caer poste abajo, atrapó al apache.



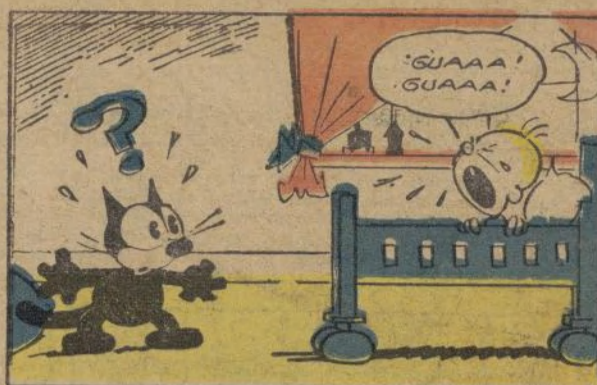
ANDANZAS DE GATO FELIX



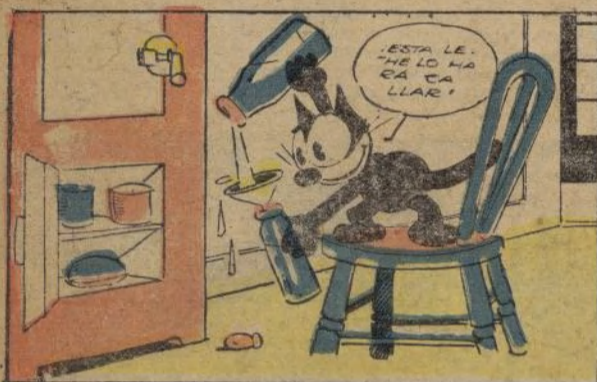
—Me estoy cayendo de sueño, y no tengo dónde pasar la noche. Me colaré a dormir en esta casa.— Así iba pensando Félix, que se había quedado al sereno, sin saber dónde pernoctar.



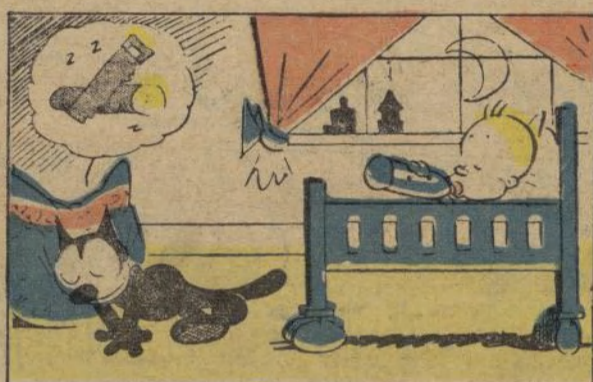
Tranquilamente se coló el gato por la ventana de la cocina, y husmeando en busca de un sitio cómodo, vino a parar en la habitación del nene de la casa, y allí se tumbó como un patriarca.



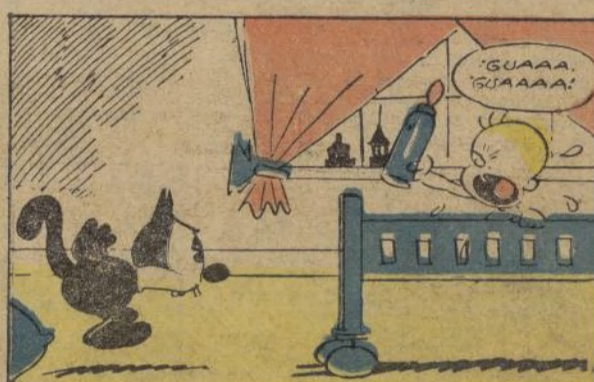
Pero cuando el gato reposaba más tranquilo, el angelito del niño rompió a llorar. —Cállate, monín —le decía Félix—, no abras tanto la boca, que te vas a tragar la cuna. ¡Cállate, riquín, "salao"!



—Ese bestia de niño—pensaba el gato—va a despertar a todos los de la casa, y me van a dar a mí más que a una estera. Le daremos una botellita de leche por si acaso es que tiene hambre.



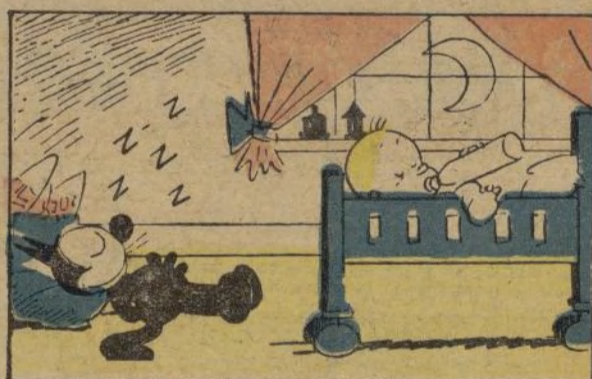
Félix tenía más talento que los siete sabios de Grecia. En cuanto le dió la botella al niño, éste se quedó más calladito que una mecedora, y nuestro amigo volvió a sumergirse en el más dulce de los sueños.



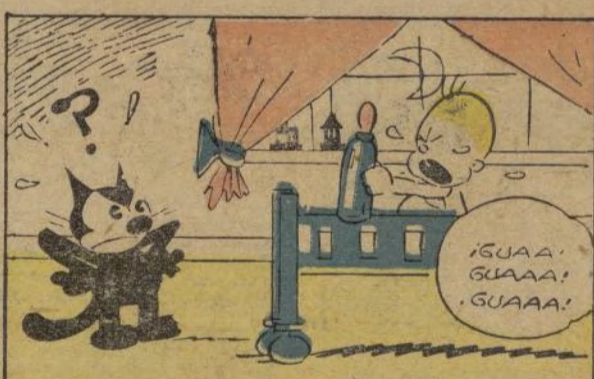
Pero al poco rato, el angelito empezó a berrear como si le estuvieran sacando la raya a contrapelo. —Pero, hermoso—decía Félix—, ¿todavía tienes más hambre? Este bestia de niño come más que una lima.



Pero decidido a que no trascendiese la cosa, Félix volvió a llenar otra botella. —Se la llevaré a ver si se calla—pensaba—, y, si sigue llorando, le haré la trepanación con un serrucho. A mí llantitos, no.



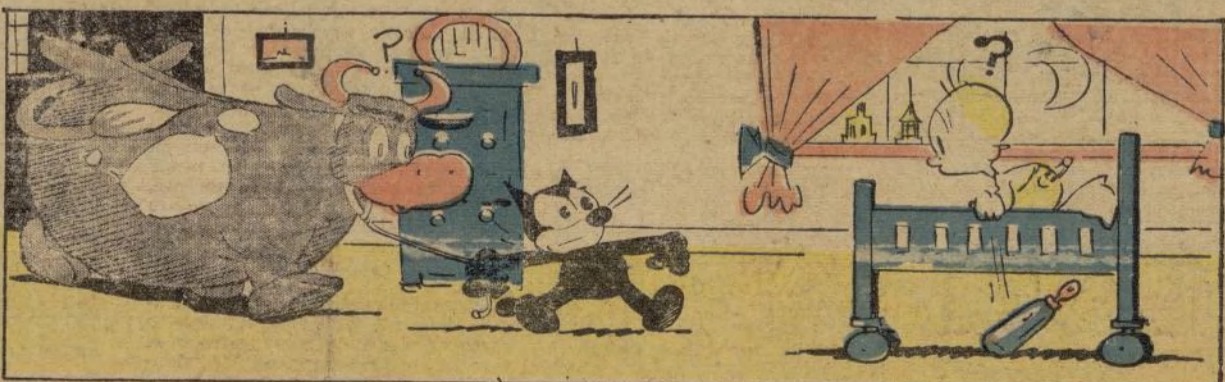
El remedio volvió a surtir su efecto, y el angelito se quedó callado y continuó "chupando del bote". Félix volvió a dormirse, soñando en que iba al "cine" todas las tardes y en que le iban a regalar un mantón de Manila.



Pero así que el angelito se hubo tragado el contenido de la botella, tornó a reanudar su llanto en forma estruendosa. —Este niño—razonaba el gato—debe de tener un gramófono en la garganta. ¡Vaya pulmones, guapín!



—Pero hay que poner remedio—pensaba mientras salía de la casa—; ese canibal de nene no es un nene, es un depósito de la Campsa, y si sigue así, cuando sea mayor es capaz de comerse un tranvía.



Y Félix, que amaba los procedimientos eficaces, encontró pronto un remedio para nutrir al angelito de la cabeza gorda. Y ya veis gráficamente el "remedio" con patas encontrado por nuestro ingenioso gato. —Toma, ricote, a ver si agotas también ésta, cabezón, y si no tienes bastante, me lo dices por señas, y te traeré la ganadería de Miura, ¡so ladrón, que pareces una esponja!— Y cuentan las crónicas que Félix consiguió dormir aquella noche.